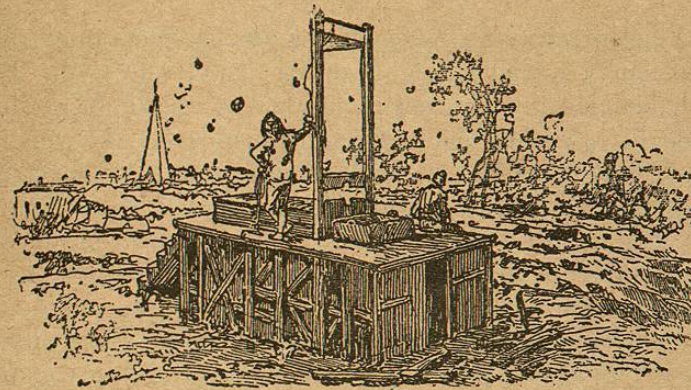
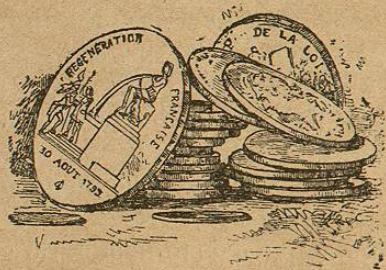


de la Asamblea la lista de los ministros que designase la mayoría... Mi rey no sería peligroso para la libertad; y sin embargo, conservándole con cuidado, sería eterno, lo cual es mucho mejor que ser hereditario. Hasta podría ser declarado inviolable sin injusticia y considerarle inflexible sin incurrir en un absurdo.»

Cosa digna de notar: este hombre reposado y grave, que por un chiste se lanzaba al mar de la Revolución, no ignoraba ninguno de los peligros que iba á afrontar. Lleno de fe en el porvenir lejano de la especie humana, fiaba menos en el presente, no se hacía ninguna ilusión sobre la situación actual y veía muy bien sus riesgos. Los temía, no por él (hacía con gusto el sacrificio de su vida); sino por aquella mujer adorada, por aquel niño inocente, nacido en el momento sagrado de Julio. Se había informado, hacía ya algunos meses, del puerto por donde, en caso necesario, podría poner en salvo á su familia y había elegido el de Saint-Valery.



## CAPITULO XVII

(CONTINUACIÓN)

**Madama Roland.**

Viaje de la familia Roland á Paris.—Mérito de Roland.—Su mujer dirigida por él.—Belleza y virtud de Madama Roland.—Su emoción ante el espectáculo de la Federación, en Julio del 90.—Su pasión, su saber, Octubre del 90.—Cambio de pasión.—Llega á Paris, Febrero del 91.—Potencia de su impulso.—Encuentra ya fatigados á la mayor parte de los directores de la política.—Lozanía de su talento, su fuerza y su fe, Junio y Julio del 91.

Para querer la república, para inspirarla, para hacerla, no bastaba un corazón noble y un gran talento. Era preciso otra cosa más... ¿Cuál? Ser joven, poseer esa juventud del alma, ese ardor de la sangre, esa ceguera fecunda que ve como si estuviera en el mundo lo que aún no existe más que en el alma, y que al verlo, lo crea... Era preciso tener fe.

Se necesitaba cierta armonía, no sólo de voluntad y de ideas, si no también de costumbres y de hábitos republicanos; tener uno mismo la república moral, la sola que legitima y funda la república política; quiero decir, poseer el gobierno de sí mismo, su propia democracia; hallar su libertad en el cumplimiento del deber... Y se necesitaba además, lo cual parece que está en oposición con lo expuesto, que un alma de esta suerte virtuosa y fuerte tuviese un movimiento apasionado que la obligase á salir de sí misma, impulsándola á obrar.

En los días aciagos de desfallecimiento y de fatiga, cuando la fe revolucionaria decaía, varios diputados y periodistas de los principales de aquella época iban á adquirir fuerza y valor á una casa en que jamás faltaban aquellas cosas; á una casa modesta, el hotelito británico de la calle Guenegaud, cerca del Puente Nuevo. Esta calle, bastante sombría, por la que se va á la de Mazarino, aún más sombría, no tiene más vistas que las interminables paredes de la Monnaie. Se subía al piso terce-

ro, y allí se encontraba invariablemente á dos personas que trabajaban juntas, monsieur y madama Roland, recién llegados de Lyon. En el saloncito no había más que una mesa sobre la que escribían los dos esposos; en la alcoba, por entre las puertas medio abiertas, se veían dos lechos. Roland tenía cerca de sesenta años, ella treinta y seis y aparentaba muchos menos; él parecía el padre de su mujer. Era un hombre bastante alto y delgado, de aspecto austero y apasionado. Aquel hombre, que fué excesivamente supeditado á la gloria de su mujer, era un ardiente ciudadano que llevaba la Francia en su corazón, uno de aquellos antiguos franceses de la raza de los Vauban y de los Boisguilbert, que aun en tiempos de la monarquía, ya trabajaban de la única manera entonces posible por la santa idea del bienestar público. Inspector de manufacturas, había pasado toda su vida trabajando, haciendo viajes para mejorar en lo posible nuestras industrias. Había publicado la relación de algunos de sus viajes y diversos tratados ó memorias relativas á oficios diversos. Su hermosa y animosa mujer, sin que la repugnase la aridez de tales asuntos, copiaba, traducía y recopilaba para él. El *Arte del hornaguero*, el *Arte del fabricante de lana rasa y seca*, el *Diccionario de las manufacturas* habían ocupado las bonitas manos de madama Roland, absorbiendo sus mejores años sin otra distracción que el nacimiento y la lactancia del único hijo que tuvo. Intimamente asociada á los trabajos y á las ideas de su marido, le profesaba una especie de cariño filial, hasta el punto de prepararle ella misma sus alimentos; siendo necesaria una alimentación especial, pues el estómago del anciano estaba delicado por el exceso del trabajo.

Roland en aquella época no se valía de su mujer para la redacción de sus escritos; más adelante, cuando fué ministro, estando agobiado por múltiples ocupaciones, es cuando recurrió á su colaboración. Ella no tenía afán de escribir, y si la Revolución no hubiera ido á sacarla de su retiro, se hubieran perdido aquellas cualidades, el talento y la elocuencia tan estérilmente como su belleza.

Cuando se reunían aquellos políticos, madama Roland no intervenía en sus discusiones; continuaba su trabajo ó escribía cartas; pero si como sucedía con frecuencia, recurrían á ella, entonces hablaba con tal vivacidad, se expresaba con tal propiedad y en forma tan graciosa y persuasiva, que causaba admiración. «El amor propio hubiera querido encontrar afectación en lo que decía; pero no había medio, era sencillamente una naturaleza demasiado perfecta.»

A primera vista se hubiera creído ver en ella la Julia de Rousseau; pero no era la Julia, ni la Sofia: era madama Roland, una hija de Rousseau ciertamente, más legítima todavía acaso que las que nacieron de su pluma. Esta no era como aquéllas una doncella noble. Manon Philpon, que así se llamaba cuando soltera (lo siento por los que no gustan de nombres plebeyos), fué hija de un grabador, y se dedicó al grabado mientras permaneció en el hogar paterno. Descendía del pueblo: se adi-

vinaba fácilmente en su coloración sanguínea, menos pronunciada entre las clases aristocráticas; sus manos eran bonitas, pero no pequeñas; la boca un poco grande, la barba levantada, el talle elegante, de formas pronunciadas, con una riqueza de seno y de caderas que raramente se observa entre las damas.

En otro punto difería también de las heroínas de Rousseau; en que no tuvo sus debilidades. Madama Roland fué virtuosa, sin que la ablandaran la inacción ó el desvarío en que languidecen las mujeres; fué trabajadora y activa en sumo grado: el trabajo fué para ella el guardián de su virtud. Una idea sagrada, *el deber*, preside aquella hermosa existencia desde el nacimiento hasta la muerte; ella misma lo asegura en sus últimos momentos, en la hora en que no se miente. «Nadie, dice, ha conocido la voluptuosidad menos que yo.»—Y en otra parte añade: «He mandado en mis sentidos.»

Pura en la casa paterna, en el muelle del Reloj como el azul purísimo del cielo que veía, dice, desde allí hasta los Campos Elíseos; pura en la mesa de su marido, trabajando infatigable para él; pura ante la cuna de su hijo, al que se empeñó en amamantar, á pesar de los vivos dolores que le producía, no lo es menos en las cartas que escribía á sus amigos, á aquellos jóvenes que la profesaban una amistad apasionada; ella les calma y les consuela, les hace superiores á su debilidad, y ellos permanecieron fieles hasta la muerte, como á la propia virtud.

Uno de ellos, sin detenerse ante el peligro, iba en pleno Terror á recibir de ella en la prisión las páginas inmortales en que refirió su historia. Proscrito á su vez y perseguido, huyendo y caminando sobre la nieve, sin abrigo que le librase de la escarcha, puso á salvo aquellas páginas sagradas; acaso fueron ellas las que le salvaron á él, manteniendo en su pecho la fuerza y el calor del gran corazón que las había escrito.

Los hombres á quienes molesta una virtud demasiado perfecta, buscaron con avidez, por si encontraban alguna flaqueza en la vida de esta mujer; y sin pruebas, sin el menor indicio, han supuesto que en lo más interesante del drama en que ella intervenía como heroína, en su momento más viril, en medio de los peligros y los horrores (¿después de Septiembre ó la víspera del naufragio en que zozobró la Gironda?) madama Roland tenía tiempo y corazón para escuchar galanterías y hacer el amor... Lo único que no consiguieron fué encontrar el nombre del amante favorecido.

No hay ningún motivo que autorice semejantes suposiciones. Madama Roland fué siempre dueña de sí misma, reina absoluta de su voluntad y de sus actos. Aquella alma fuerte, pero apasionada, no experimentó ninguna emoción. ¿No tuvo también su tempestad? Esta es otra cuestión, y sin vacilar contestaré: Sí.

Permítaseme que insista. Este hecho, poco conocido todavía, no es un detalle indiferente y puramente anecdótico de la vida privada. Ejer-

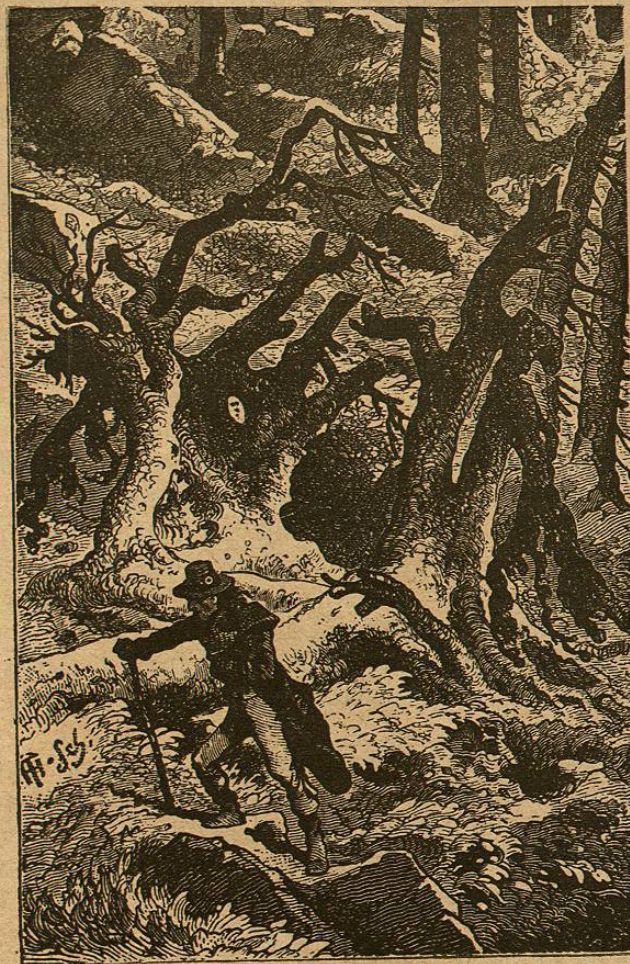
ció sobre madama Roland una gran influencia el 91, y la poderosa presión que ejerció sobre ella desde esta época no se explicaría si no se estudiasen detenidamente las causas particulares que apasionaban aquella alma hasta entonces tan fuerte y tranquila, pero de gran fuerza interior, sin que se manifestase exteriormente.

Madama Roland hacía una vida oscura, laboriosa el año 89, en la triste mansión de la Platiere, cerca de Villefranche y no lejos de Lyon. Oye, como toda la Francia, el cañón de la Bastilla; se conmueve su pecho y se dilata; parece que el prodigioso suceso realiza todas sus aspiraciones, todo lo que ha leído, imaginado y esperado: ya tiene una patria. La Revolución se propaga por toda Francia; despiertan Lyon, Villefranche, los campos y las aldeas. La federación del 90 llama á Lyon á la mitad del reino, á todas las diputaciones de la guardia nacional, desde Córcega á Lorena. Desde por la mañana madama Roland, en el admirable muelle del Ródano, contemplaba extática el espectáculo de todo aquel pueblo, de aquella fraternidad nueva, de aquella aurora espléndida. Por la noche escribió á su amigo Champagneux, que desinteresadamente y por puro patriotismo publicaba un diario, una relación de aquella jornada. De aquel número se vendieron sesenta mil ejemplares. Todos los guardias nacionales, al regresar á sus casas, se llevaban sin saberlo el alma de madama Roland.

Ella también al regresar á su solitaria vivienda de la Platiere, volvió pensativa y la encontró más estéril y árida que de ordinario. Interesándose poco entonces en los trabajos técnicos en que la ocupaba su marido, leía el *Proceso verbal de los electores del 89*, la revolución del 14 de Julio, la toma de la Bastilla. Hizo la casualidad que uno de aquellos electores, Mr. Bancal de Issarts, fuese recomendado á los Roland por sus amigos de Lyon, y se hospedó algunos días en su casa. Monsieur Bancal, oriundo de una familia de fabricantes de Montpellier, vecindada en Clermont, había sido allí notario; pero había abandonado tan lucrativa profesión para dedicarse por completo al estudio de su predilección, á las cuestiones políticas y filantrópicas, á los deberes del ciudadano. Tenía cerca de cuarenta años, era poco seductor, pero muy sensible y con un corazón excelente y caritativo. Su educación había sido muy religiosa, y después de atravesar un período filosófico y político, la Convención y una larga cautividad en Austria, murió demostrando grandes sentimientos de piedad, leyendo la Biblia que trataba de traducir del hebreo.

Fué presentado en la Platiere por un joven médico, Lanthenas, amigo de Roland, que vivía mucho en casa de éstos, pasando allí semanas y meses trabajando con ellos y para ellos, haciendo todos sus encargos. La dulzura de Lanthenas, la sensibilidad de Bancal de Issarts, la bondad austera pero ardiente de los Roland, su común amor á lo bello y á lo bueno, su adhesión á aquella mujer perfecta que era imagen de la belleza y de la bondad, formaba naturalmente un todo, un conjunto armóni-

co. Congeniaron tanto, que se preguntaron si no podrían continuar viviendo juntos. ¿A cuál de los tres se le ocurrió esta idea? No se sabe; pero fué acogida con entusiasmo por Roland y sostenida con ardor. Realizando los Roland cuanto poseían, podían aportar á la sociedad sesenta



Caminando sobre la nieve, sin abrigo que le resguardara de la escarcha (Pág. 619)

mil libras; Lanthenas tenía poco más de veinte mil, á las que podía añadir Bancal unas cien mil. Era una cantidad bastante redonda, que les permitía comprar bienes nacionales, entonces muy baratos.

Nada más conmovedor, más digno, más honrado, que las cartas en que Roland habla á Bancal de este proyecto. Aquella noble confianza, aquella fe en la amistad y en la virtud, hacen formar un concepto elevado de Roland y sus amigos: «Venid, amigo mío, le dice; ¿á qué espe-